

Adios al "Socialismo a la Francesa"

Gilbert Ziebura

Gilbert Ziebura: Político alemán. Profesor de Ciencias Políticas de la Universidad Libre de Berlín (1964-1974), la Universidad de Constanza (1974-1978) y la Universidad de Brunsvick (R.F.A.). Autor de numerosos trabajos sobre la historia y política de Francia y Alemania, así como de política y economía internacional.

El autor analiza los tres años de gobierno de Francois Mitterrand y las causas que han provocado el desencanto del pueblo francés por una gestión que prometía trascendentales cambios en su beneficio. Una continuidad gaullista caracteriza a este gobierno que abandonó un movilizador "programa común". En vez de participación popular, concentración y centralización del poder en la figura del presidente. En vez de política de independencia nacional, fortalecimiento del rol de Francia como miembro del directorio ejecutivo - y, por lo tanto, uno de los seis que toma las decisiones - del FMI. Un desarrollo sustancial de la industria bélica y la consiguiente exportación de armamentos, hacen tener serias dudas con respecto del aporte de Francia a la paz mundial y de su independencia con respecto de EE.UU. En vez de medidas para superar la crisis económica a costa de sus responsables, se deja caer ésta con toda la fuerza imaginable sobre las espaldas de los trabajadores: más desempleo y pérdida de beneficios; es decir, rotundo fracaso de la política socialdemócrata keynesiana. Favorecimiento de las importaciones, perjuicio a la industria nacional, fracaso de la "reconquista del mercado interno". Dos millones y medio de desocupados son el resultado de una "política de austeridad", cuyo más dramáticas consecuencias se ejemplifican con el caso de los trabajadores siderúrgicos. Consecuencias: decenas de miles de trabajadores salen a la calle a protestar; otros se toman las fábricas; graves disturbios, feroz represión; división del movimiento sindical. No sólo ausencia de participación, sino aún exclusión de los

propios partidos que llevaron a Mitterrand al poder, en la toma de decisiones "arriba", partidos que, evidentemente, pierden todo el apoyo de las masas. Y un alarmante afianzamiento de la derecha tradicional, aun de la extrema derecha con tendencias fascistas.

A juicio del autor; del programa original de "ruptura con el capitalismo", hoy sólo queda en Francia una socialdemocratización perfecta que "padece la pretensión de resolver una nueva crisis aplicando los instrumentos viejos".

Después de tres años de gobierno, nada queda del entusiasmo con que los seguidores de la izquierda celebraron su triunfo electoral del 10 de mayo de 1981. En la actualidad, su estado de ánimo llega desde el desencanto saludable hasta la decepción, la amargura y la frustración por falta de perspectivas. Al igual que en tantos otros gobiernos "izquierdistas", la praxis política dista enormemente del proyecto político original. Tal discrepancia - al parecer inevitable - se convierte en problema en la medida en que no se logra explicar sus razones. Más que ninguno, un gobierno que enarbó la bandera del cambio social depende del contacto con las masas. Debe convencer para poder movilizarlas cuando sea necesario.

De hecho, los indicios de distanciamiento son ya demasiado visibles. Según las encuestas, la imagen del presidente ha llegado a su punto más bajo, incluso en las filas de sus simpatizantes: sólo un tercio de los franceses lo apoyan¹. La mayoría gubernamental exhibe un estado de parálisis. La brecha entre el presidente y el partido socialista, por un lado, y entre los socialistas y comunistas, por el otro, se está profundizando. Los sindicatos se ven obligados a distanciarse cada vez más, a criticar al gobierno e incluso a combatirlo en algunos campos. Ciertos conflictos históricos - como el de los defensores y enemigos de la escuela privada (católica), que se creían superados hace mucho tiempo - resurgen provocando manifestaciones callejeras de centenares de miles de personas. El "Estado de gracia" parece volverse "Estado de desgracia".

ABANDONO DE POSICIONES

En realidad, tal evolución de los hechos no es sorprendente. Las contradicciones, tanto mayores cuanto más ambiciosa es la política, se manifiestan inevitablemente

¹Jean-Marie Colombani: "Le président, la crise et l'opinion". Le Monde, 19 de mayo de 1984.

cuando está en juego el ejercicio del poder. León Blum, jefe del gobierno del Frente Popular de 1936, lo sabía perfectamente cuando no se cansaba de declarar que incluso el Partido Socialista no podía hacer más que comenzar "administrando la crisis". En consecuencia, no sorprende que, bajo el impacto de la crisis económica mundial de 1974 y la intensificación de la confrontación entre Este y Oeste a partir de los últimos años 70, hubiera que revisar algunos puntos esenciales del primer "programa común" adoptado en 1971 junto con el Partido Comunista Francés (PCF), actividad que se intensificó después de la ruptura con el PCF en 1977. Se puso en evidencia que este documento, una mezcla clásica (keynesiana) de estímulo a la demanda, redistribución e intervención estatal acompañada por la democratización de la sociedad y del sistema de gobierno a fin de superar la crisis económica, no ofrecía respuesta a una serie de cuestiones. Así, la adaptación de la estructura industrial francesa a las nuevas condiciones del mercado internacional se impuso cada vez más como objetivo principal. Desde esta perspectiva, la propuesta nacionalización de empresas clave adoptó una nueva función como motor de la reestructuración, sin que se haya concretado el elemento complementario necesario, a saber, una nueva política industrial más allá del fomento tradicional de las industrias básicas y las nuevas tecnologías.

Sin embargo, en dos áreas, el abandono de posiciones del "programa común" fue particularmente grave: en la actitud frente al sistema de gobierno de la V República, tan criticado por su estilo autoritario-plebiscitario, así como frente a la "force de frappe", la fuerza nacional de disuasión nuclear. Ambas modificaciones tuvieron gravísimas consecuencias a la hora de asumir el gobierno. En ambos aspectos se evidenció claramente la continuidad gaullista. Peor aún: Mitterrand reforzó el estilo autoritario de gobierno formado bajo De Gaulle, Pompidou y Giscard D'Estaing. La concentración y centralización del poder en la figura del presidente asumió una nueva cualidad. Nada se quiere saber ahora de la reducción del período presidencial o de la limitación de las facultades del presidente. Esto significa, igual que antes, la casi exclusión de los partidos mayoritarios y del parlamento del proceso de toma de decisiones. El Partido Socialista debe contentarse con su papel de proveedor de lealtades. Cabe dudar de que lo aguante por mucho tiempo. El "estadismo autoritario" practicado por Mitterrand niega, por supuesto, la democratización - todavía defendida verbalmente - y especialmente la descentralización. He aquí la causa principal por la que la ley de descentralización, adoptada poco después del traspaso de poder, no surtió sino efectos superficiales.

En lo que se refiere a la "force de frappe", ésta no sólo se mantuvo sino que se amplió de manera consecuente. Sigue siendo, desde varios puntos de vista, el funda-

mento de la política de "independencia nacional" continuada de manera imperturbable por Mitterrand. Por una parte, representa el principal instrumento para conseguir la hegemonía política en Europa, preferiblemente con el apoyo de la República Federal de Alemania (RFA). La existencia de la fuerza de disuasión autónoma debe resaltar el papel independiente de Francia en la Alianza Atlántica sin tener que renunciar a las ventajas resultantes del paraguas nuclear estadounidense. Por otra, la importante industria bélica capaz de satisfacer, en lo posible las necesidades financieras y tecnológicas de las fuerzas armadas nacionales, tanto convencionales como nucleares, sirve como punta de lanza del proceso de modernización (al igual que en los EE.UU.), con el fin de alcanzar la autonomía en el campo de la tecnología moderna. Finalmente, la creciente exportación de armamentos no sólo ayuda a financiar el rearme nacional, sino que también permite tener mayor influencia en el Tercer Mundo. De hecho, cada vez más, países de América Central y del Sur, del Medio Oriente y Africa importan armas francesas con el objeto de independizarse de las dos superpotencias. Francia aprovecha cualquier oportunidad del mercado con extrema habilidad, sin importarles que esto implique la intensificación de conflictos regionales (caso Irak). En este contexto, resulta imposible apreciar lo que tal política del gobierno "izquierdista" contribuye al mantenimiento de la paz.

Es absolutamente lógico que el estadismo autoritario y la existencia de una fuerza de disuasión autónoma se condicionen y refuercen mutuamente dando lugar, en su combinación, al mito de la independencia nacional. El propio Mitterrand lo concretó al declarar: "La pieza clave de la estrategia disuasiva de Francia es el Jefe del Estado, soy yo"². Es aquí donde existe otra contradicción fundamental que se pone cada vez más en evidencia. Mientras Mitterrand aboga: por la autonomía de Francia y Europa, se somete al mismo tiempo a la estrategia global estadounidense frente a la otra superpotencia. Así, por ejemplo, insiste sin cesar en el despliegue de nuevos cohetes americanos, sobre todo en el territorio de la RFA, sin darse cuenta de que tal medida refuerza la hegemonía estadounidense, hegemonía que pretende reducir en otros campos tales como el económico y el monetario. Defiende, por un lado, la "europeización de Europa", por otro hace lo imposible para torpedearla o, al menos, dificultarla en extremo.

FRACASO DE LA ESTRATEGIA KEYNESIANA DE IZQUIERDA

Su intento de superar la crisis económica evidencia la contradicción más grave del gobierno de izquierda, la que tiene mayores consecuencias internas. Lo que sucedió aquí ilustra la poca capacidad de una alianza de la izquierda de abrir el campo

²Le Monde, 18 de noviembre de 1983.

de acción imprescindible para no tener que continuar la vía de los antecesores conservadores en un país capitalista industrializado altamente desarrollado. Sin duda alguna, éste era el mayor reto, puesto que la superación de la crisis económica, especialmente del desempleo, determinaba el futuro del gobierno de izquierda. Es perfectamente lógico que en este campo, tradicionalmente difícil para los gobiernos izquierdistas, surgieran problemas casi insuperables.

La primera etapa, que duró hasta mediados de 1982, estuvo claramente bajo el signo de una estrategia keynesiana de izquierda para resolver la crisis. Básicamente, se pretendió reactivar la economía mediante estímulos a la demanda (aumento del salario mínimo garantizado, etc.). A esto se sumó la ampliación de las transferencias sociales (5 semanas de vacaciones remuneradas, semana laboral de 39 horas, jubilación a los 60 años de edad), con la finalidad de facilitar la creación de nuevos puestos de trabajo. La tributación del capital improductivo ("¡Que los ricos paguen!") serviría para generar los fondos necesarios. Finalmente, se comenzó con la nacionalización de empresas clave y del sector bancario y financiero, a fin de optimizar la intervención estatal.

Esta política fracasó por dos razones³. Por una parte, no llegó al núcleo de la crisis, como establece acertadamente Lipietz. La crisis se debe al hecho de que el modelo de crecimiento fordista, base de la expansión de los años 50 y 60, perdió vigencia, a más tardar, en los primeros años 70. En el marco de ese modelo, una política socialdemócrata keynesiana podía funcionar bien mientras garantizaba el aumento simultáneo de los salarios, beneficios, inversiones y del empleo. En el momento en que la acumulación del capital entra en crisis porque los beneficios son insuficientes para realizar nuevas inversiones, esta política ha de fracasar puesto que no estimula cabalmente las inversiones⁴. Ahora bien, siguiendo la lógica del sistema capitalista, no queda más remedio que superar ese momento decisivo, tanto más cuanto los empresarios no se mostraron precisamente proclives a la cooperación luego del triunfo electoral de la izquierda.

La segunda razón tiene que ver con la dimensión externa, que demostró ser el talón de Aquiles de la nueva política. En primer lugar, no se hizo realidad la esperada reactivación de la economía mundial, en parte como consecuencia de las medidas conservadoras, monetaristas y centradas en la oferta que, mientras tanto, se ha-

³Alain Lipietz: "Un socialisme français aux couleurs du libéralisme". *Le Monde Diplomatique*, marzo de 1984, e id., "L'audace ou l'enlèvement. Paris, 1984.

⁴Sobre la crisis del Estado socialdemócrata-keynesiano: C. Bucí-Glucksmán: "De la crise de l'Etat keynésien au nouveau socialisme? La politique au-delà de l'Etat". Dies (ed.), "La gauche, le pouvoir, le socialisme". *Hommage a Nicos Poulantzas*, Paris, 1983.

bían adoptado en los países industrializados más importantes (Thatcher, Reagan; hasta cierto grado, también Helmut Schmidt), con el objeto de fortalecer energicamente el capital frente al trabajo. ¿Cómo podía Francia, bajo tales circunstancias, nadar sola contra la corriente? Además, la situación empeoró debido a que el estímulo a la demanda favoreció las importaciones, sobre todo de bienes de consumo duraderos y de capital, lo cual lógicamente perjudicó la industria nacional. La "reconquista del mercado interno", apoyada por un gran esfuerzo propagandístico, terminó en un fracaso. En cambio, se presentó un enorme déficit en la balanza comercial, que no pudo ser corregido por una devaluación (a medias) del franco francés. El que el desempleo no aumentara se debió a la bien dirigida política de readaptación y formación profesional, que favoreció sobre todo a los jóvenes.

LA POLÍTICA DE AUSTRERIDAD TAMPOCO CONVENCE

En consecuencia, no quedó más remedio que se activar esta vía de superación de la crisis. Esto se hizo paso por paso. Para comenzar, se decretó la congelación de salarios y precios en junio de 1982. Se dio prioridad al combate de la inflación a fin de conseguir aumentos de la productividad. Todo ello se fomentó mediante una segunda devaluación. Pero el déficit comercial adquirió dimensiones tan graves que, el 25 de marzo de 1983, se tuvo que optar por una auténtica política de austeridad (llamada vergonzosamente "política de rigor")

Así, el gobierno de la izquierda adoptó tesis liberales: "Apretarse el cinturón", "consumir menos para invertir más", etcétera. El objetivo principal, la disminución de las importaciones, se debía lograr ahora - según una lógica consecuente - mediante la reducción del poder adquisitivo, sobre todo mediante la reducción del gasto público. Al igual que en otras partes, la consigna era ahora reducir el Estado de bienestar disminuyendo la carga social de los empresarios y liberándolos del tutelaje burocrático. Dado que se rechazó toda disociación del mercado mundial (e incluso la separación del sistema monetario europeo), contra la oposición del ala izquierda del Partido Socialista (CERES), esto significó, en última instancia, el sometimiento del reajuste industrial a las restricciones de la competencia internacional.

Aquí se produjo la ruptura definitiva con el "proyecto socialista" de 1980 del CERES, que se oponía firmemente a la política de austeridad defendiendo la "dominación nacional" de las fuerzas productivas. El cambio de rumbo favoreció, desde luego, a la fracción liberal-socialdemócrata del ministro de Economía y Finanzas, Delors, y del de Agricultura, Rocard. Ella persigue la apertura hacia el centro estando dispuesta a aceptar la ruptura con el PCF y la Confederación General de Tra-

bajadores (CGT), dominada por los comunistas. Esta fracción ha perdido la fe en la superación de la crisis por parte del gobierno. Sin embargo, está pagando un precio muy alto, puesto que no ha logrado todavía resolver el costo social de la empresa.

Los resultados de la política de austeridad no son nada convincentes. Ciertamente que el déficit fiscal, que llegó a casi 100 mil millones de francos en 1982, bajó a 43 mil millones en 1983. Pero tal éxito tiene un fundamento muy endeble. En el primer trimestre de 1984, el déficit ya alcanzó los 17 mil millones de francos⁵; aún no se puede determinar si se trata de un déficit coyuntural (estancamiento de la demanda internacional, sobre todo de acero y productos químicos) o estructural. Es decir, el problema sigue sin solucionarse. Además, el mero restablecimiento del equilibrio comercial no es suficiente porque hay que reducir también la enorme deuda pública (451 mil millones de francos en 1983). Según el plan presentado por Delors, esto se lograría hasta 1988, pero bajo el supuesto (irreal) de una balanza comercial equilibrada. El plan de Delors se vendrá abajo si se cumple el pronóstico de la OCDE, según el cual la coyuntura mundial volverá a estancarse en 1985. Además, la paridad del dólar (entre 7,50 y 8 francos) no debe empeorar demasiado. Por último, los precios no deben aumentar más rápidamente que en el exterior. La diferencia con la tasa inflacionaria alemana sirve como medida para eso: para fines de 1984, se pretende que no sea mayor a dos puntos (contra 6 puntos en 1983). Se está muy lejos de lograr este objetivo. Por supuesto que no debe ocurrir ninguna distorsión económica a nivel mundial (otra crisis petrolera o, aún peor, el derrumbe del sistema monetario internacional debido al creciente endeudamiento de los países): se trata, pues, de toda una serie de supuestos optimistas.

Lo que más pesa es el hecho de que el desempleo ha crecido continuamente desde fines de noviembre de 1983, cuando la cifra de desocupados alcanzaba 2 millones. Para fines de abril de 1984, se había colocado en 2 millones 300 mil⁶. La catastrófica situación del mercado de trabajo se evidencia en, que la oferta de puestos vacantes se redujo en un 42,2% desde abril de 1983 a abril de 1984. El gobierno socialista de Francia ingresa, pues, al frente de los países industrializados donde una política conservadora renunció desde hace tiempo a darle alta prioridad al combate contra el desempleo. Tanto aquí como allá se trata entonces de ajustar la economía a los requerimientos del modo de producción capitalista, que a su vez se apresta a alcanzar una nueva fase de su desarrollo histórico valiéndose de las nuevas tecnologías. Todo indica que el propio Mitterrand se conforma con el desempleo permanente, al menos a mediano plazo.

⁵Alain Vemholes: "Le déficit de la balance commerciale". Le Monde, 29 de mayo de 1984.

⁶Alain Lebaube: Le Monde, 18 de mayo de 1984.

DELIRIO DE "INDUSTRIALISMO"

Pero, ¿se logrará, al menos, alcanzar la gran meta de la modernización de la estructura industrial que es el motivo de todo esto? Desde hace mucho tiempo, Mitterrand cree que su tarea más importante es acometer la "reconciliación de la izquierda con el modernismo" (ya lo dice en su libro "Ma part de vérite", publicado en 1969). Esta es, sin duda, la contradicción más profunda - y por ende más peligrosa - que afronta el experimento socialista. ¿Qué se entiende por "modernismo" desde una perspectiva no derechista, no conservadora neo-liberal? ¿Que la "izquierda" culmine la obra de la modernización con mayor eficiencia y, al mismo tiempo, menor costo social? Pero, ¿cómo alcanzar tal objetivo sometiéndose a la lógica capitalista de la superación de la crisis, lógica que determina la orientación y el contenido del "modernismo", al igual que en el pasado, es decir, que define todas las normas de producción, del consumo y los patrones ideológico-culturales pertinentes?

Esto explica los enormes problemas que afronta la mayoría de la izquierda. La pretensión original de cambiar la lógica misma del modelo de crecimiento pasa al olvido. Los debates en torno a otras opciones, sostenidos, por ejemplo, en la RFA, en los "nuevos movimientos sociales", no han afectado al Partido Socialista ni, mucho menos, al comunista. De allí que exista una profunda brecha llena de malentendidos y sospechas entre la izquierda "vieja" y "tradicional" que gobierna en Francia y la "nueva" izquierda que se está formando dolorosamente en otras partes.

En cambio, la izquierda francesa padece un verdadero delirio de "industrialismo", aun cuando sus resultados dejan mucho que desear incluso en este campo. No cabe duda de que el principio fundamental de la política industrial, vigente ya desde antes de 1981, no se podrá sostener; es decir, conservar en lo posible los sectores tradicionales fomentando, al mismo tiempo, ciertas tecnologías de punta con fuertes subsidios estatales (el sector armamentista, transporte, comunicación e informática, energía). Por un lado, porque tales medidas se pueden financiar a largo plazo. Pero más aún porque eterniza la contradicción central entre la racionalidad del mercado capitalista y el estadismo autoritario orientado hacia la independencia nacional y la extensión del poder político. Tales rodeos entre Estado y mercado terminan por debilitar a ambos. A la larga, el Estado no puede financiar el exceso de personal de empresas cuya competitividad decrece continuamente. En 1984, los subsidios estatales alcanzaron la increíble suma de 315 mil millones de francos, o sea, un tercio del gasto público.

Para resumir, podríamos usar una fórmula acertada: *"En síntesis: la economía francesa es demasiado débil para aguantar la libre competencia, y el Estado francés lo es para controlarla"*⁷. En el experimento socialista, el estadismo y el capitalismo "sano", vale decir, modernizado, se obstaculizan más uno al otro de lo que lo hicieron en los gobiernos conservadores precedentes: Así, se está perdiendo en todos los niveles: en el campo decisivo de la superación de la crisis, el Estado de la V República demuestra ser todo menos un Estado "fuerte" como parecía indicar el poder del presidente. Y la economía se encadena porque se siguen manteniendo los sectores débiles que el mercado hubiese eliminado mucho tiempo atrás.

En consecuencia, sucedió lo que tenía que suceder: la política; de austeridad de marzo de 1983; se complementó con la mayor orientación hacia el mercado. Esto no sólo significó la eliminación o reducción de subsidios, sino la acción consciente para deshacerse de la capacidad de producción excesiva aceptando despidos masivos. El caso más dramático lo representa el plan siderúrgico de 1984, en cuya fase final se preveía sacrificar 40.000 empleos sólo en la región de Lorena. Decenas de miles de trabajadores, acompañados de sus familias, se lanzaron a la calle y organizaron una "marcha sobre París". La Iglesia Católica los apoyó. El anuncio del ministro de Industria, Laurent Fabius, un joven e inteligente tecnócrata, según el cual el gobierno iba a crear nuevos empleos mediante la ubicación de nuevas empresas en esa región caracterizada por industrias tradicionales, no inspiró mucha confianza.

Las relaciones sociales en el segundo sector amenazado, la industria automovilística, llegaron a un nivel igualmente explosivo. En noviembre de 1983 se conoció el plan de despedir a 2.900 empleados de la fábrica Talbot en Poissy. Los afectados se opusieron inmediatamente al plan. Los trabajadores, entre ellos muchos marroquíes, no vacilaron en tomar la fábrica. Se desencadenaron graves disturbios, agravados por contradicciones raciales. A estas alturas, el gobierno inició negociaciones con la dirección de la empresa. El número de empleos se redujo a 1.900; a los mil restantes se les ofrecían programas de readaptación profesional. La CGT apoyó el compromiso, mientras que la CFDT, simpatizante del Partido Socialista, apoyó a los huelguistas. En consecuencia, se dividió el movimiento sindical mientras que el gobierno y los empresarios se unieron, por primera vez, en un frente común logrando imponer su punto de vista.

⁷U. Dannebom et al: "Das 'Modell' Frankreich. Politik und Okonomie im etatistischen System". Politische Vierteljahresschrift, abril 1984, p. 49.

Este intento de superar la crisis de las industrias tradicionales tenía que chocar necesariamente con la creciente oposición del PCF y de la CGT.

La "reestructuración" se lleva a cabo sobre todo en aquellas regiones donde ambos tienen su base tradicional. El dilema del PCF es evidente: por una parte, le interesa seguir en el gobierno; por la otra, le cuesta cada vez más aceptar el rumbo económico y social del mismo, siendo al mismo tiempo incapaz de proponer una alternativa confiable que vaya más allá del intervencionismo estatal. Nadie puede decir, en tales circunstancias, cómo conservar incluso el voto de protesta. La ausencia de perspectivas en el PCF no puede ser mayor. Así, no le quedará más remedio que salir del gobierno en algún momento. En consecuencia, la CGT también reforzaría su oposición al gobierno. Esto precisamente quiso evitar Mitterrand con su oferta de participación gubernamental al PCF. En todo caso, tal paso debilitaría gravemente la mayoría, y justo en un momento de dificultades crecientes.

¿QUE QUEDÓ DEL PROGRAMA ORIGINAL SOCIALISTA?

Ante las contradicciones crecientes, Mitterrand optó por contraatacar a fin de volver a compatibilizar la praxis y la teoría al menos parcialmente (entrevista en *Libération*, 10 de mayo de 1984). Este documento tiene una importancia fundamental. En primer lugar, Mitterrand habló en su condición de Jefe de Estado; su justificación de la actual política se decretó "desde arriba", sin la menor consideración hacia el Partido Socialista. Así, la personalidad de esa política y, lógicamente, la exclusión del partido de la toma de decisiones gubernamentales, llegan a un nuevo extremo. Cómo se podrá lograr, de esa manera, la imprescindible movilización de las bases en tiempos difíciles, será secreto de Mitterrand. En tales condiciones, ni siquiera puede producirse la identificación con el presidente.

Esto es importante porque Mitterrand abrió perspectivas que son absolutamente nuevas o han de parecer engañosas. En primer lugar, intentó convencer a los franceses de que la política de "rigor" sólo era transitoria, un "paréntesis" que se cerraría cuando Francia sea capaz de afrontar la competencia internacional. Claro que eso puede hacerse esperar. Lo más probable es que tal política pueda intensificarse aún más si se quiere lograr los objetivos propuestos.

Todavía más elocuente es el hecho de que Mitterrand se cuidó de usar el término: "socialismo a la francesa". Se disculpó aduciendo que, en su condición de Presidente de la República tenía que hablar a nombre de todos los franceses. De modo que el socialismo ya no existe ni como perspectiva a largo plazo o "utopía concreta". En

cambio, resurge la vieja visión (socialdemócrata) de la "economía mixta" entre el "liberalismo económico" ("esa aberración") y el "colectivismo" ("esa trampa"). Ambos sectores económicos, el público y el privado, deben existir independientemente uno del otro, pero deben complementarse. Según Mitterrand, se trata de un "proyecto político" donde el Estado y el mercado se emplean flexiblemente, según el problema a resolver. En él, se conservaría la pretensión básica de la izquierda: producir para repartir. La conciliación de la justicia social con la eficiencia económica seguiría siendo el objetivo principal. El elemento socialista de tal política residiría en la ampliación de los derechos individuales tanto en la sociedad como en la empresa, es decir, en más cogestión y autorresponsabilidad.

Esto es, entonces, lo que quedó del programa original de la "ruptura con el capitalismo": una socialdemocratización perfecta que, igual que en otras partes, padece de la pretensión de resolver una crisis nueva aplicando los instrumentos viejos. El optimismo de Mitterrand merece la mayor admiración: hasta fines de 1985, todas las empresas nacionalizadas, (excepto las del acero) arrojarán ganancias. Por otra parte, parece haberse entregado a un profundo excepticismo. Es esta la única explicación por qué, en un gran discurso en Estraburgo (24 de mayo de 1984) insistió en la necesidad de cooperación en Europa. Al parecer, ya no cree que Francia podrá resolver sus problemas por sí misma, sobre todo cuando se trata de desarrollar nuevas tecnologías en el campo de la electrónica e informática en competencia con los EE.UU. y Japón. Tampoco es una casualidad que proponga la construcción de una estación espacial europea, es decir, un proyecto que no puede acometerse sino compartiendo tareas e inversiones. Mitterrand se orienta en el ejemplo de los EE.UU. que debe copiarse. Por otra parte, habla también del "espacio social de Europa", es decir, de la paralelización del desarrollo social. No vacila en pedir la creación de una unión europea incluyendo el reforzamiento de los elementos supranacionales (decisiones por mayoría), a diferencia de De Gaulle, aunque para comenzar, ésta se limite únicamente a algunos países miembros de la CEE.

Se trata de una propuesta sensacional que no fue hecha meramente a raíz de las elecciones europeas. Pero cabe dudar si le puede ser útil ahora. El resultado de estas elecciones es devastador para la mayoría socialista-comunista, a pesar de la baja participación electoral. Ambos partidos juntos no alcanzaron sino un tercio del electorado. El Partido Socialista perdió el 10% de sus votantes. No se puede caer más bajo. Aún peor es el hecho de que no sólo ganó votos el bloque de la derecha tradicional (giscardistas, gaullistas, liberales de Simone Veil), sino también la extrema derecha con tendencias neofascistas de Le Pen. Ambas agrupaciones de la derecha abarcan casi el 60% del electorado.

Si esta constelación se estabiliza, Mitterrand no tiene futuro. El cambio hacia la derecha adquiere dimensiones que casi marginan socialmente a la izquierda tradicional. La polarización, visible ya ahora, se podría profundizar, y la extrema derecha sacaría mayor provecho de los crecientes conflictos sociales contribuyendo, por su parte, a una desestabilización del Estado, la economía y la sociedad que adquiere dimensiones insospechadas. Esto demuestra lo difícil que resulta superar la crisis en un país como Francia sin que se presenten graves distorsiones. Nadie puede predecir hoy en día lo que ocurrirá si ni la derecha ni la izquierda tradicionales logran resolver este problema. Lo cierto es que una buena parte de la civilización europea está en juego.

Referencias

- *Colombani, Jean M., LE MONDE-PRENSA. 19-05 - 1984; Le président, la crise et l'opinion.
- *Anónimo, LE MONDE-PRENSA. 18-11 - 1983; Un socialisme français aux couleurs du libéralisme.
- *Lipietz, Alain, LE MONDE DIPLOMATIQUE. marzo - 1984; Un socialisme français aux couleurs du libéralisme.
- *Lipietz, Alain, L'AUDACE OU L'ENLISEMENT. - Paris, Francia. 1984; De la crise de l'Etat keynésien au nouveau socialisme.
- *Buci-Glucksman, C., LA POLITIQUE AU-DELA DE L'ETAT. - Paris, Francia, Dies. 1983; Le déficit de la balance commerciale.
- *Buci-Glucksman, C., LA GAUCHE, LE POUVOIR, LE SOCIALISME. HOMMAGE A NICOS POU-LANTZAS. - París, Francia. 1983; Das 'Modell' Frankreich. Politik und Okonomie im etatistischen System.
- *Vemholes, Alain, LE MONDE-PRENSA. 29-05 - 1984;
- *Lebaube, Alain, LE MONDE-PRENSA. 18-05 - 1984;
- *Dannebom, U., POLITISCHE VIERTELJAHRESSCHRIFT. Abril. p49 - 1984;